

bulista, que fué otro de los pocos amigos que permanecieron fieles á Fouquet, y compuso sobre su desgracia una elegía que es una de sus obras maestras.

**La mujer del ciego.**

[Siglo XIX.]

En los límites del departamento del Jura, en Francia, en las montañas mas próximas á Suiza, se encuentra una linda aldea muy pintoresca á causa de los lagos, los baños y las rocas que la circundan. En ella habian nacido Gaspar y Margarita, ámbos de familias pobres, que á un mismo tiempo perdieron sus padres; amábanse desde la infancia, y aumentándose su mútuo afecto con su comun desgracia, diéronse palabra de matrimonio.

Iba éste á efectuarse, cuando haciendo saltar Gaspar un dia la mina de una cantera, fué herido de tanta gravedad, que despues de largos y crueles padecimientos quedó ciego sin esperanza de recobrar jamas la vista. Al verse en aquel estado dijo á Margarita: « Déjame y cástate con un hombre que pueda mantenerte, que ya encontraré yo algun muchacho que me guie para mendigar el pan. — ¡Que yo te abandone! exclamó Margarita; ¡tú quieres que ahora te abandone! Díme, ¿me hubieras tú abandonado si me hubiera sucedido á mí esa desgracia? — ¡Oh, nunca! ¡Dios es testigo! » murmuró Gaspar levantando los ojos al cielo que ya no podia ver.

Poco despues se celebró el casamiento, y aunque hubo algunos egoistas y escépticos que se encogian de hombros diciéndo que Margarita hacia una locura, todas las gentes sensatas aprobaron aquella accion y la manifestaron el mayor aprecio. El amor que tenia á su marido, que no se desmintió un instante, su asiduidad al trabajo y su buena conducta la hicieron respetar por todas partes.

Aumentáronse con la edad las necesidades de ámbos, y se les disminuian los medios de subvenir á ellas, pero en toda la comarca se tomó como punto de honra asegurar y

cuidar de su bienestar en su vejez. Ninguna mujer del pueblo olvidaba llevar á Margarita las tortas con que habia costumbre de festejar los dias de solemnidad en las familias, ni un labrador que no se mostrase satisfecho ayudando á llenar la medida de trigo que bastaba á la subsistencia de aquel matrimonio pobre, dichoso y venerado y estimado de todos; no habia niño, por atollado que fuese, que no se hiciese á un lado respetuosamente para dejarlos pasar cuando iban juntos á misa los domingos.

Todo el que veia el orden y el aseo que reinaba en su humilde morada, conocia que eran dichosos y que lo habian merecido.

§ IV. SINCERIDAD.

No siempre es bueno decir lo que se piensa; es preciso pensar siempre lo que se dice. Cuando un hombre ha adquirido la reputacion de sincero, se juraria sobre su palabra, que tiene la misma autoridad que un juramento; se oye con el mayor respeto todo lo que dice. (MADAME LAMBERT.)

Tan culpable es el que propala mentiras por verdades, como el que da moneda falsa por buena. (B.)

Nunca es creído el embustero aunque diga la verdad, porque tan cerca está de la mentira, como la llaga de la cicatriz que deja tras sí. (Moralistas orientales.)

Es peor la adulacion que un falso testimonio; el testigo falso engaña al juez, pero no corrompe; el adulador nos engaña y nos corrompe. (Tratado de la sabiduría.)

**Confesion sincera.**

[Siglo XVII.]

Despechada la duquesa de Longueville por no haber obtenido de Luis XIV un favor que le habia pedido, se permitió contra este monarca palabras muy poco respetuosas. Oyólas una sola persona, pero fué tan indiscreta, que el dicho llegó á oídos del rey y éste habló de ello á Condé,

hermano de la duquesa. Respondió el príncipe que la confidencia hecha á su majestad debia ser falsa ó cuando ménos errónea: « En ese caso, contestó el rey, me referiré á vuestra misma hermana y si ella desmiente esos dichos,



El gran Condé.

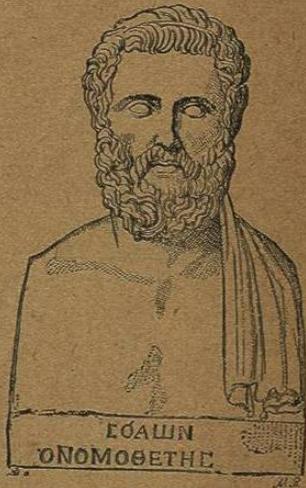
la creeré.» El príncipe fué á ver á su hermana, la cual no le ocultó nada y en vano la estuvo persuadiendo toda la noche de que la sinceridad en semejante caso era muy peligrosa, y que al asegurar que era inocente lo habia creído así; que por consiguiente no debia desmentirle y

aun añadió que con su negativa daría mas gusto al rey que con su ingenuidad. «¿Queréis, respondió la duquesa, que repare esta falta con otra mayor? El que me ha delatado ha hecho muy mal, pero no por eso tengo yo derecho de hacerle pasar por un calumniador, pues ha dicho la verdad.» En seguida fué á ver al rey y se lo confesó todo, pero el monarca, lejos de ofenderse, no solo la perdonó sino que la otorgó la gracia que le habia negado.

Sinceridad de un sabio.

Hallándose Solon, célebre legislador de Atenas, en la corte de Cresos<sup>1</sup> rey de Lidia, famoso por su opulencia, ordenó este príncipe que se le mostrase minuciosamente toda la magnificencia de su palacio, y creyendo despues haberle deslumbrado con semejante espectáculo, le dijo: «¿Cuál creéis que es el hombre mas dichoso de todos los que habeis visto en vuestra vida?» Creia que Solon le responderia: «Sois vos.» Pero se quedó admirado cuando el sabio le contestó tranquilamente:

«El hombre mas feliz que he conocido es un ciudadano de Atenas llamado Tellus, de virtud sin tacha, que despues de haber gozado toda su vida de un modesto bienestar y haber visto floreciente á su patria, dejó á



Solon.

1. El reino de Lidia comprendia una gran parte del Asia Menor. Cresos fué su último rey, pues fué vencido

por Ciro 568 años antes de J. C., y reunidos sus Estados al imperio persa.

sus hijos estimados de todo el mundo, tuvo la dicha de ver á los hijos de sus hijos, y por fin murió gloriosamente peleando por su patria.

—¿Y despues de Tellus?» dijo el rey. Solon citó dos hermanos muy jóvenes que murieron despues de cumplir un acto heroico de piedad filial. «¿Y yo? exclamó Creso ya irritado; segun eso á mí no me creis feliz. — Príncipe, respondió Solon, hasta ahora vuestra existencia ha pasado en la prosperidad, pero no consiste en eso la verdadera felicidad. ¿Quién sabe el porvenir que á cada uno le espera? ¿Quién sabe la suerte que os aguarda despues?»

No agradó á Creso aquel lenguaje tan franco y tan sencillo, pues sus aduladores le habian hecho creer que era el mas feliz de los persas; y cuando se vió reducido á la esclavitud, se acordó de aquellas palabras, exclamando: «¡Ah Solon, Solon! ¡Solo tú me dijiste la verdad!

#### El adulator castigado.

Damócles, cortesano de Dionisio<sup>1</sup>, ponderaba la opulencia del tirano, el número y el valor de sus soldados, la extensión de sus dominios, la magnificencia de sus palacios, sus riquezas de toda clase, y concluía diciendo que no habia habido nadie tan dichoso como él. «Puesto que todo eso os admira tanto, le dijo el tirano, ¿quereis disfrutar un poco de esas delicias y ver por vos mismo cuál es mi suerte?» Damócles consintió en ello poseido de júbilo. En seguida le hacen sentar en un solio de oro adornado de piedras preciosas; se le rodea de todo el lujo de los reyes; una suave música deleita sus oídos; las flores y los perfumes embalsaman la atmósfera; los criados, con muestras del mas profundo respeto, colocan una mesa ante él y le sirven los manjares mas exquisitos y los vinos mas

1. La ciudad de Siracusa, en Sicilia, era rica y poderosa; Dionisio usurpó el poder supremo y ejerció en ella la tiranía mas cruel; murió

en 365 ántes de J. C. Le sucedió su hijo del mismo nombre, pero fué destronado despues.

deliciosos. Damócles está transportado de alegría, pero en medio de su regocijo, levanta los ojos y ve una espada afilada suspendida sobre su cabeza, por orden de Dionisio, la que solo estaba sostenida del techo por una cuerda de caballo. Desde aquel instante ya no vieron sus ojos los encantos que le rodeaban, ya no oyó la melodía de la música, desapareció el apetito que habian despertado en él los manjares, y no quiso probar los vinos. Pálido, tembloroso, dirigia sin cesar la vista á aquella cuchilla pronta á caer sobre su cabeza. «¿Qué te parece mi suerte? le dijo Dionisio con ceñudo semblante; ¿estás contento? — ¡Oh! basta, basta,» respondió el cortesano con apagada voz, y obtuvo permiso del rey para dejar el sitio donde estaba sentado; sitio brillante, sí, pero en extremo peligroso. Todo el que se eleva por medios ilícitos tiembla sin cesar esperando el castigo merecido que está como suspendido sobre su cabeza y puede anonadarle de un momento á otro. El que está de este modo dominado por la zozobra no puede gozar de ningun placer, y esto es lo que quiso dar á entender Dionisio al suspender sobre la cabeza de Damócles la espada que solo pendía de un hilo.

#### Leccion dada á los adultores.

Canuto<sup>1</sup>, rey de Dinamarca, habia llegado al colmo del poder; habia conquistado la Inglaterra, y Suecia y Noruega eran tributarias suyas. Todos sus enemigos estaban vencidos, desanimados ó ganados á su causa. Adquirió el nombre de *Grande*.

Hallábase sentado una tarde á orillas del mar, pensativo, paseando su vista á lo léjos, meditando tal vez sobre la vanidad de las grandezas y de la gloria. Los cortesanos que le rodeaban, trataban de distraer su atención multiplicando sus acostumbradas adulaciones. Empezaron por colocarle á la cabeza de todos los reyes habidos, y pare-

1. Rey de Dinamarca en 1014, de Inglaterra en 1017; falleció en 1036

ciéndoles que el silencio de su señor alentaba la exageración de sus panegíricos, le pusieron sobre la humanidad entera. « Canuto no es un hombre, decían, es un dios. » El rey oía y callaba.

La tarde iba declinando, levantóse un viento fuerte, frío, y amontonábanse las olas llegando ya cerca de él mugientes y amenazadoras. Los cortesanos estaban inquietos, pero el rey permanecía sentado y como satisfecho de verse igualado por ellos á la divinidad sin que nadie se atreviese á turbar su augusto éxtasis. Por otra parte, despues de haber exclamado con entusiasmo: « ¡Sí, Canuto es un dios! » ¿cómo podrian decirle en lenguaje frío y vulgar: « Cuidado, señor, que el mar moja vuestros piés? »

Esta escena duró algunos minutos. Complaciase Canuto viendo palidecer de temor á sus cortesanos; por fin una ola vino á estrellarse en la silla del rey, cubriendo de espuma á los cortesanos que retrocedieron asustados, y volviéndose hácia ellos Canuto, les dijo: « ¿Qué haceis? ¿Qué vano temor se apodera de vosotros? ¿No estais en compañía de un dios? » Y en seguida, extendiendo su mano hácia el mar, exclamó con voz solemne: « Olas, os prohibo que avanceis mas sobre esta tierra que me pertenece. Alejaos de mi reino; obedeced. » Apénas habia acabado de hablar, otra ola, mas furiosa que la primera, cayó sobre el rey y le cubrió casi enteramente. Levantóse entónces con calma, y abandonando su silla al mar, dijo á sus cortesanos: « ¿Osareis ahora comparar un mísero mortal al único Sér que tiené poder para decir al Océano: « De aquí no pasarás? »

### § V. GRATITUD.

La gratitud es un sentimiento que nos une al bienhechor con el deseo de probarla con hechos ó al ménos confesando el beneficio, que se publica con placer en todas las ocasiones que se presentan ó que se escogen cuidadosamente:

La ingratitud es un vicio contrario á la ley natural; los animales mismos son agradecidos:

Entre el bienhechor y el obligado existe una convencion tácita, y es que el primero debe olvidar en seguida el servicio que ha prestado, mientras que el segundo debe recordarlo siempre. (Autores varios.)

#### Frescobaldi.

Un negociante de Florencia<sup>1</sup>, llamado Frescobaldi, era reputado con justicia como un hombre liberal y benéfico. Presentósele un dia un extranjero de aire muy distinguido, pero vestido pobremente, y le dijo: « Los elogios que he oido acerca de vuestra generosidad me han alentado á solicitar algun socorro de vuestra parte. Soy natural de Inglaterra, mi nombre es Tomas Cromwell<sup>2</sup>; he dejado mi país para probar fortuna, pero por todas partes me persigue la desgracia. Acabo de salir de una enfermedad y no tengo recurso alguno para volverme á mi patria. » Sensible Frescobaldi á la vista de su infortunio, le hizo vestir con decencia, le alojó en su casa hasta que recobró sus fuerzas y le dió para su viaje treinta monedas de oro. De regreso en Inglaterra, obtuvo Cromwell un modesto empleo en la administracion, y ascendido con rapidez, conquistó completamente el favor de Enrique VIII, siendo por fin nombrado canceller de Inglaterra.

Entretanto Frescobaldi, que habia olvidado á Cromwell é ignoraba su prosperidad, se vió arruinado á consecuencia de continuas pérdidas que habia tenido por mar y por tierra. Algunos mercaderes ingleses le debian sumas considerables, y con el objeto de cobrarlas, se puso en camino para Inglaterra. Una vez allí, fué á ver un dia á uno de sus deudores y encontró el canceller á caballo que iba á palacio. Cromwell le vió y reconoció en seguida al que en Italia le habia prestado tan importante servicio. Echa pié á tierra y corre á abrazar á Frescobaldi, quien se queda es-

<sup>1</sup> Bella y hermosa capital de Toscana en Italia.

<sup>2</sup> Este Cromwell no tiene ningun punto de contacto con el famoso Oli-

verio Cromwell, que reinó mas tarde en Inglaterra con el título de protector.